

EBERHARD JÜNGEL: DIOS ES AMOR

Prof. Eloy Bueno de la Fuente

Aula de Teología
22 de Febrero de 2011

Es posible que Eberhard Jüngel sea el menos conocido del elenco de teólogos presentados en este ciclo del Aula de Teología; sin embargo, yo creo que tiene algunas perspectivas sumamente sugerentes, que pueden hacer mucho bien para nuestro modo de entender el misterio cristiano y para nuestra experiencia de Dios. Aunque en el título de la conferencia he puesto al lado de su nombre, *Dios es amor*, si tuviera que resumir de algún modo su pensamiento, tal vez sería mejor decir, empleando sus mismas palabras: *El ser de Dios es su historia de amor*. Esto quiero subrayarlo bien desde el principio: no es que Dios tenga una historia de amor, sino que *Dios es su historia de amor*.

Jüngel dice que *toda historia de amor necesita ser contada*. Dios se hace presente como lo que realmente es, en un amor que se manifiesta en la historia; y lo que a nosotros nos hace ser cristianos, es seguir escuchando y repitiendo esa historia de amor que es Dios mismo. Jüngel repite a veces una frase copiada de un filósofo: “A una persona se le puede decir ¡cuéntame tu historia y te diré quién eres!”. Dios nos cuenta su historia y es la que nosotros, como cristianos, tendríamos que seguir repitiendo.

A Dios tenemos que descubrirle como esa historia de amor que Él nos cuenta, y solo podemos entenderle realmente como aquel que ama. Sería monstruoso pensar en una persona, mucho más en un Dios, que no amara, o para quien amar fuera una actividad entre otras. Al igual que decimos Dios crea, Dios juzga, decimos que Dios ama... sin embargo es distinto porque el amor en Dios es su esencia; Dios no es más que la historia de amor tal y como la percibimos en el Crucificado. Si nos preguntamos cómo podemos definir la esencia de Dios, o dónde define Él quién es, Dios se define -dice Jüngel- en cuanto se identifica con el Crucificado; y es precisamente esa identificación de Dios con el Crucificado la que nos dice quién es Dios, y solo así podremos entender realmente qué es el amor.

Tras esta breve introducción sobre el pensamiento de este autor, voy indicar algunas referencias biográficas para situar al personaje.

1. BIOGRAFÍA Y CONTEXTO

Eberhard Jüngel fue educado en la Alemania comunista; por lo tanto, su preparación intelectual tuvo lugar bajo el régimen comunista. Es interesante señalarlo porque esto le marcó profundamente para descubrir que la única auténtica experiencia de resistencia, desde la libertad y desde la verdad, se da en la Iglesia; bajo el régimen comunista, la Iglesia era el único ámbito en el cual la verdad se podía vivir como libertad y era el gesto mayor de resistencia frente al régimen comunista.

Por eso, a lo largo de su vida, él dirá que la auténtica teología política, o la auténtica dimensión política de la fe, tenían que apoyarse realmente en la verdad y en la libertad. Y, desde este punto de vista, él era un poco crítico o reticente ante otro tipo de teologías de la praxis, comprometidas con el tema político, por ejemplo, la *Teología de la Liberación*, porque siempre sentía que ese tipo de teologías habían orientado su crítica en una dirección pero ¿cuántas veces se habían preocupado de la situación que había en países bajo régimen comunista?

Él tuvo la suerte -antes del levantamiento del muro de Berlín, pero ya bajo régimen comunista- de poder estudiar en Zurich y en Tubinga durante una temporada; entró en contacto con la problemática teológica occidental y estudió fundamentalmente a dos figuras importantes de la teología de la época, Barth y Bultmann¹. Dentro de la teología alemana de la época, se podía ver a estos teólogos como dos líneas opuestas o contrarias; Jüngel concluye que no hay por qué contraponerlos, sino que es posible encontrar en ambos, aun dentro de sus diferencias, una “unidad originaria” en el hecho de que ambos se refieren a la Palabra de Dios como concepto fundamental de la teología.

Recibió una enorme influencia de Lutero y su teología de la cruz; es decir, a Dios solo podemos entenderlo desde el Crucificado; y la teología cristiana tiene que ser una teología crucificada. Le influyeron mucho también Hegel -en el cual no me detengo porque es más complicado- y Heidegger, del cual tomará sobre todo la profunda crítica a todo el pensamiento filosófico y metafísico del mundo occidental, y la importancia del lenguaje, sobre lo cual volveremos después. Este doble elemento, la crítica del pensamiento y metafísica occidental y la importancia del lenguaje, es fundamental en la teología de Jüngel.

Al vivir en el mundo comunista, a Jüngel se le presenta un problema y un desafío, desde el punto de vista personal y también eclesial: ¿Qué tipo de evidencia puede tener Dios cuando su presencia o el lenguaje sobre Él ha dejado de ser evidente en nuestra experiencia? Es decir, si el ateísmo comunista por un lado y también la increencia propia del pensamiento moderno, han ido expulsando a Dios como algo que no es evidente, ¿puede tener Dios algún tipo de evidencia en este mundo? Y en el caso de que Dios tenga algún tipo de evidencia, ¿con qué lenguaje podemos presentarle? ¿Está el lenguaje con el cual la Iglesia presenta a Dios, al nivel de lo que Dios requiere? ¿Sabe realmente la teología -se pregunta él- de qué habla cuando habla de Dios? ¿O, por el contrario es un lenguaje que bloquea al Dios que se quiere hacer presente? ¿No habrá que recurrir a lo más originario de Dios que pronuncia su Palabra?

Por eso Jüngel propone superar lo que él denomina la “teología quejumbrosa” y la “teología dormida”. La “teología quejumbrosa” es aquella que está permanentemente quejándose de lo mal que está el mundo, de lo mal que está el tiempo, de que la gente no entiende cuando hablamos de Dios... Fuera con la “teología quejumbrosa”, y fuera también con la “teología adormecida” que simplemente repite fórmulas que, a lo mejor, no llegan a ninguna parte.

¹ Teólogos que ya han sido presentados en el Aula de Teología. Este conferenciante presentó a uno de ellos, Bultmann, y también a Pannenberg en anteriores ocasiones.

Hay que buscar una “teología despierta”, que sea capaz de pensar a Dios desde sí mismo, para que nuestro lenguaje sea fiel a Dios que se revela; en este sentido, él se opone a Pannenberg que pretendía buscar una idea de Dios propia del pensamiento humano y desde ahí acceder a Dios.

Jüngel dice que hay que arrancar de “Dios que habla” y a partir de ahí, recogiendo su originalidad, es como podremos presentar realmente al Dios verdadero que viene al lenguaje. Es una idea muy importante de Jüngel que veremos después. Dios –dirá él- es un acontecimiento lingüístico, es decir, Dios se hace presente en el lenguaje. Y, recogiendo a Dios que se hace presente y que viene desde Él mismo al lenguaje, entonces Dios podrá resonar como palabra gozosa.

Jüngel insistirá mucho -es una idea que me parece espléndida y que tendríamos que recuperarla con mayor convicción- en que Dios es una palabra que no se puede pronunciar más que con gozo. Si Dios no es palabra gozosa, no está a la altura de lo que Él requiere, porque la fe es, ante todo, alegría en Dios. En una colaboración suya, preparada para un libro colectivo, *¿Por qué soy cristiano?*, tituló su aportación: *la fe como alegría en Dios*. Y el año que se jubiló, sus alumnos le prepararon un libro de homenaje, llevaba este título, *La alegría en la verdad*. La palabra alegría es fundamental para entender quién es realmente Dios.

Después de haberse preparado en el mundo occidental, siguió trabajando, desde estos planteamientos, en Berlín como profesor de teología. Hubo momentos en que sus libros estuvieron prohibidos por el régimen pero, por esas cosas de la vida, y por motivos que él también desconoce, en un momento determinado le permitieron pasar a occidente donde estuvo de profesor, primero en Zurich y luego en Tubinga, donde se jubiló.

A continuación voy a desarrollar, algo más directamente, su planteamiento teológico.

2. MÁS ALLÁ DEL TEÍSMO Y DEL ATEÍSMO

Uno de sus libros, tal vez el más conocido y el más importante seguramente, se titula: *Dios, misterio del mundo. Fundamentación de la teología del Crucificado en la disputa entre teísmo y ateísmo*. Su aportación fundamental es presentar a Dios como el misterio del mundo, pero un Dios que tiene que ser descubierto desde el Crucificado para, de este modo, ir más allá de la disputa entre el teísmo, que afirma a Dios y le presenta, sobre todo desde la filosofía, como el Ser Supremo, la Causa primera, el Creador de todo... y el ateísmo, que niega a Dios.

La postura de Jüngel es que, mientras vivamos dentro de esta polémica, de esta tensión, no podemos descubrir a Dios. Los teístas afirman a Dios mientras los ateos dicen que Dios ha muerto, porque Dios no existe. Entonces, hay que afrontar el por qué de esta polémica para intentar, como digo, desbordarla o destruirla.

El ateísmo dice que *Dios ha muerto* –es lo que proclamó Nietzsche y lo que también había dicho Hegel, de otro modo- y Jüngel se pregunta si, eso que dicen los ateos, no lo había dicho antes la teología al afirmar que hablamos de un Dios Crucificado, que murió en la cruz.

Por tanto, la fe lo pensó antes y la teología desde su conciencia de haber pensado la muerte de Dios, puede entender lo que hoy está pasando.

Un creyente puede decir que la época actual está caracterizada por la muerte de Dios mientras el increyente dice que ellos interpretan la época histórica que estamos viviendo hoy porque sabemos que Dios, realmente ha muerto. Ahora bien, la cuestión es ¿de qué Dios está hablando el ateo cuando dice que ha muerto? Porque si se refiere al Dios del teísmo, efectivamente, ese Dios nació ya muerto; el Dios de quien hablan los que afirman su existencia, es un Dios Supremo, una esencia suprema que está por encima de nosotros y que, por tanto, es inalcanzable, no se puede experimentar ni expresar, porque está lejos, fuera de nosotros; el teísmo ve a Dios como el Señor, como el “mandamás”... es una experiencia de Dios que nos resulta agobiante, nos oprime y, lógicamente, contradice las tendencias del hombre moderno a la emancipación.

El ateo pregunta dónde está Dios y exige pruebas; y aunque le digamos que Dios “es necesario” para que el mundo exista, nadie le dice donde está; queda tan por encima, tan lejos... que llega a la conclusión de, si bien puede ser necesario, en la realidad él va experimentando que puede vivir la existencia y hacer proyectos históricos, sin recurrir a Dios; por tanto, no existe, está muerto. Así, la humanidad moderna, al constatar que puede vivir sin él, lógicamente, llega un momento en que prescinde de Dios.

Por el contrario, el creyente dice que el Dios que ha muerto es el Crucificado; por tanto sabe que puede encontrarle en el Crucificado, porque Dios se ha identificado con él. Y por eso puede experimentarle como amor.

Como ven, rompemos el esquema o la alternativa entre teísmo y ateísmo. La única refutación posible del ateísmo es un recto hablar de Dios, es decir, no presentarlo como un Ser Supremo, una esencia máxima, que está por encima, que oprime; ni tampoco decir, sin más, que “Dios es necesario”; la propuesta cristiana es “hablar adecuadamente del Dios que no es necesario sino *más que necesario*”.

Aquí está el cambio. Quizás puede resultar un poco extraño porque no es nuestro modo habitual de hablar; sin embargo, es una apuesta realmente interesante y sugerente. Insisto, si decimos que “Dios es necesario” lo estamos empequeñeciendo; por tanto, *Dios es más que necesario*, que tampoco es lo mismo que decir que “Dios es más necesario”.

Puede pareceros que, hablar de Dios como algo “necesario”, es lo máximo que podemos decir sobre Él; sin embargo Jüngel advierte: ¿no será justamente lo contrario? ¿No será precisamente bajarlo mucho de categoría? Al decir que Dios “es necesario”, le estamos quitando la libertad, lo estamos encajonando, igual que si, por ejemplo, decimos que “es necesario que una mesa la haya hecho un artesano...”, porque colocamos al artesano prácticamente al mismo nivel que la mesa, con lo cual le estamos rebajando de categoría y estamos estrechando la perspectiva.

Si yo le dijera a alguien, “es necesario que tú me ames a mí o que yo te ame a ti...” ¿Sería auténticamente amor? ¿Por qué brota el amor? ¿El amor puede vivir de la necesidad o del poder? ¿El amor es necesario o es más que necesario?

3. DESDE DIOS Y ANTE DIOS, VIVIMOS SIN DIOS (EXPULSADO DEL MUNDO)

Para entender bien a Dios desde el mundo histórico que estamos viviendo, tenemos que darnos cuenta de que no hay que partir de un concepto previo de Dios, porque Dios viene de Dios sin condición previa.

a) *Lectura teológica de la muerte de Dios*

Jüngel pone a Bonhoeffer como ejemplo de lo que significa pensar teológicamente la muerte de Dios. Este teólogo pretendía vivir en el mundo como si Dios no existiera, porque el hombre moderno se ha emancipado de todo lo religioso; por tanto, hay que pensar y vivir a Dios en un mundo que ha superado el estadio de lo religioso. Bonhoeffer utiliza una expresión tomada de Hugo Grocio que luego se hizo muy popular, “hay que vivir *etsi Deus non daretur*, como si Dios no existiera”. Esto, que nosotros podemos entender como algo negativo, a Bonhoeffer y también a Jüngel les lleva, sin embargo, a reflexionar si no será ése el modo de descubrir a Dios.

Cuando Dios es expulsado del mundo, ¿no será ese “dejarse expulsar Dios del mundo” lo que nos permite entender a Dios? ¿No será que el ateísmo es justamente la oportunidad y la posibilidad que nos ayuda a descubrir quién es y dónde está Dios? Porque, actualmente, el mundo puede ser pensado sin Dios -el mundo vive como si Dios no existiera- pero Dios no puede ser pensado sin el mundo.

Dios puede ser pensado desde el mundo como aquel que se deja expulsar del mundo, como vemos en la cruz. Cuando Dios muere en la cruz, ¿no es el signo más patente de que Él se deja expulsar del mundo? No es solo que los demás lo echen, lo importante es descubrir que es Dios mismo el que se deja expulsar del mundo, y ahí está la paradoja cristiana: vivir ante Dios y con Dios, pero sin Dios.

Dios queda expulsado del mundo, vivimos sin Dios, es decir, Dios no se hace presente en el mundo... ¿no será ése el modo de vivir ante Dios y con Dios? Esa es la vía para entender que Dios es “más que necesario”.

b) *La esencia de Dios: más que necesario*

Vamos acercándonos al núcleo de la cuestión. Como hemos visto antes, la categoría de necesidad es demasiado baja para Dios. Jüngel insiste mucho en que Dios no es mundanalmente “necesario”; es decir, el mundo no necesita a Dios para funcionar, puede hacerlo sin Él.

No obstante, ¿dónde se hace presente ese Dios “no necesario”? Jüngel dice que, en la posibilidad y en la caducidad.

Nosotros solemos pensar, según la filosofía clásica, que la realidad consistente está por encima del tiempo, y sin embargo, ¿no será precisamente en el tiempo, en lo que pasa, en lo caduco, en lo que va a morir, donde encontramos la auténtica experiencia de Dios?

¿Por qué nos sentimos inclinados a pensar que la auténtica realidad se encuentra en lo sólido, en lo consistente, en lo sublime, en lo inmortal, y no será más bien que la auténtica realidad la encontramos en lo caduco y en la posibilidad?

No me entretengo más en esta pregunta porque luego les voy a poner un ejemplo que creo que lo hace más comprensible. Antes quiero comentarles qué quiere decir Jüngel cuando habla de la revelación como evento lingüístico.

c) *La revelación como evento lingüístico*

Dios es un acontecimiento del lenguaje. En el lenguaje, en nuestro modo de hablar, podemos encontrar a Dios que se hace presente, y lo hace por su propia iniciativa.

Cuando nosotros hablamos del lenguaje pensamos normalmente en que éste es importante, sobre todo, cuando describimos cosas; nos sirve para describir. ¿Es eso realmente lo más importante del lenguaje, o su valor auténticamente humano consiste en la interpelación? Si el lenguaje sirviera simplemente para describir las cosas, sería solo algo amorfo; ahora bien, en el momento en que alguien se dirige a mí –dice Jüngel– se produce una interrupción en mi vida, me interpela y en ella se abren entonces posibilidades insospechadas.

Les voy a poner el ejemplo para no perdernos mucho en este tipo de reflexión. Pensemos en las parábolas de Jesús, las cuales, desgraciadamente quizás no sepamos contar bien, pero, si descubrimos el aliento genuino de la parábola, entenderemos mejor todo lo que he dicho yo hasta el presente y cómo se hace presente Dios. En la línea del pensamiento de Jüngel, si a mí me preguntan ¿dónde está Dios? mi respuesta será, evidentemente en las parábolas de Jesús; a Dios se le puede tocar en las parábolas, tal y como Jesús las cuenta.

Recuerden, por ejemplo, la parábola del hijo pródigo, que es la más conocida de todas, y piensen siempre en la actitud de los oyentes, para darse cuenta de cómo se produce una interrupción en su vida. Indudablemente, cuando escuchan que un hijo se va de casa, le juzgan muy mal; y cuando ese hijo empieza a tener una vida un tanto perdida y de repente decide volver al hogar del padre, piensan que, cuando regrese, el padre le va a decir, acusar, exigir... Sin embargo, el hijo vuelve y el padre simplemente acoge... entonces se produce una sorpresa; esta interrupción, es importante porque a los oyentes se les empiezan a romper los esquemas y las evidencias que tenían.

Sigue la parábola y cuando ven que el hijo mayor llega y protesta porque hay una fiesta preparada para el otro hermano que es un sinvergüenza, todos los oyentes se ponen de su parte, porque no es justo que se le prepare una fiesta al sinvergüenza mientras al que ha vivido siempre junto a su padre, no se le prepare ninguna.

Finalmente, el padre le dice al hijo mayor que la fiesta está preparada y le pregunta si se siente contento de entrar en ella. Si el hijo mayor reconoce que se siente feliz, contento, alegre de acudir a la fiesta, esa alegría es el reino de Dios, la presencia de Dios y en ese momento se abre, ante el hijo mayor, la “posibilidad” de ir o no a la fiesta. Podemos preguntarnos aquí en cuál de los dos casos sería mejor el mundo. Indudablemente, si fuera a la fiesta, pero para ello se requiere que este hijo experimente, sin razonamientos, la alegría de que el padre le haya abierto esa “posibilidad”.

A lo largo de la parábola que Jesús va contando, los oyentes no son meros espectadores pasivos, sino que se sienten interpelados; si el lenguaje de Dios, que se hace presente y abre esas posibilidades, les suscita gozo y alegría, es que han descubierto quién es y dónde está Dios. Dios ya no está por encima, sino presente allí, en el lenguaje, en la parábola que se ha contado, abriendo posibilidades nuevas. Si la alegría no brota libre y espontáneamente, no sirve para nada, porque no es la auténtica alegría. El placer, dirá Jüngel, se puede provocar artificialmente, pero no la alegría, que es la magia que te convoca y te envuelve.

Podemos recordar también la parábola de los viñadores que van siendo convocados a distintas horas del día. A los que van por la mañana se les ha contratado por 100€, a los que van después, se les dice, ya te pagaré lo que te corresponda, y cuando llega la hora de pagar, se invierte el orden. Jesús, que cuenta tan bien las parábolas, lo que intenta es provocar la sorpresa en lo que él va contando. Los oyentes son convocados por Dios a través del lenguaje y cuando oyen que a los que han trabajado cuatro horas se les da lo mismo que a los que han trabajado toda la jornada, empiezan a sentirse mal y a pensar, lo mismo que les había ocurrido con la parábola anterior, que aquello es injusto y que no hay derecho...

Lo lógico para ellos hubiera sido pagarles según las horas trabajadas, pero ¿puede quedar Dios encajonado ahí? El dueño de la viña dice que no ha cometido injusticia con nadie, porque a los primeros les ha pagado 100€, como había prometido; hace entonces una pregunta decisiva: *¿es que tenéis envidia de que yo sea bueno?*

Cuando alguien no siente envidia de que Dios sea así, de que Él no viva dentro de la lógica de lo que nosotros llamamos “necesario” o “justo”, cuando alguien se siente gozoso de descubrirle y pronunciar ahí el nombre de Dios, nos damos cuenta de que, en lo caduco, en las cosas cotidianas, en lo vulgar, Dios resuena como palabra gozosa; de lo contrario no sería Dios.

Aquí se nos muestran los dos aspectos, quién es y dónde está Dios. Dios está en esa alegría –Jüngel habla de la analogía del adviento–; Dios viene al lenguaje de nuestra palabra y brota como Palabra gozosa y experiencia de alegría. Y descubrimos así que Dios “no es necesario, sino otra cosa; y que no lo encontramos en un lugar donde podamos fotografiarlo, sino que viene en nuestro modo de hablar, cuando lo contamos de tal manera que revelamos quién es Dios.

d) *Dios solo puede ser contado*

Si realmente descubrimos que *Dios es esa historia de amor*, entonces nos daremos cuenta de que Dios tiene que ser contado.

En el ejemplo de la parábola hemos descubierto que Dios se hace presente viniendo, en nuestro lenguaje, a través de lo caduco y a través de lo humano; no a través de lo que está por encima de nosotros; por eso no hablamos de un Dios “necesario”, “supremo”, “máximo”... sino que Dios es el que se hace presente como experiencia de alegría, de tal manera que Dios solo puede ser contado.

4. EL DIOS CRISTIANO: DIOS ES AMOR

A mí me gusta mucho citar un texto del prólogo de San Juan, versículo 18, que dice así: *A Dios nadie lo ha visto jamás, solo el Hijo y Él nos lo ha contado*. A veces lo traducen como *Y Dios nos lo ha dado a conocer*, pero ésta es una visión que, en mi opinión, lo simplifica mucho.

Es el Hijo quien nos lo ha contado, en un relato, en una narración... Lo vemos si nos acercamos a la perspectiva de que Dios es esa alegría que se hace presente en el lenguaje, como acabamos de ver, y si descubrimos que Dios es amor, tal y como se presenta en Jesús, que es la parábola de Dios.

a) *Jesús, parábola de Dios*

Jesús, en el modo como cuenta las parábolas, hace presente a Dios, en lo caduco, en lo humano y también abriendo posibilidades insospechadas, -si el hijo mayor de la parábola va a la fiesta, el mundo cambia- y desde dentro de nuestro mundo brota un mundo distinto.

Jesús hace presente a Dios en sus parábolas, pero es que el mismo Jesús es la parábola de Dios. Si descubrimos la motivación última de la historia de Jesús, percibiendo hasta qué punto Dios se puede hacer cercano y salvador cuando se une realmente a lo temporal y a lo caduco, es decir, cuando nos damos cuenta -porque ahí se encuentra, dice Jüngel, la motivación de toda la predicación cristiana- de que Dios se ha identificado con un hombre Crucificado, descubrimos ahí -dice él- *en una semejanza tan grande, la desemejanza siempre mayor*. Es una expresión un poco difícil.

b) *La teología cristiana es una teología del Crucificado*

Se dice a veces que “de Dios casi no podemos hablar porque Dios desborda todo lo que digamos de Él”, ante lo cual Jüngel dice, sí pero no... porque Dios se hace siempre tan cercano a nosotros que, en esa cercanía, descubrimos lo distinto que es de nosotros.

Si alguien se ha preguntado alguna vez hasta dónde es capaz de amar quizás haya respondido que hasta determinado límite... Dios es capaz de amar hasta el límite de identificarse con el Crucificado; ¿puede haber manifestación mayor del amor, que identificarse precisamente con aquello que nunca nos hubiéramos imaginado?

En el Crucificado encontramos la máxima cercanía de Dios porque ahí se identifica con lo más humano, lo más débil, lo más caduco... y es en esa cercanía tan profunda, donde se manifiesta hasta dónde es Dios capaz de amar y hasta dónde es posible descubrir y experimentar a Dios.

¿No es el amor, en el fondo, una renuncia a uno mismo para abandonarse en el otro y desde el otro redescubrir un nuevo ser? Cada uno de nosotros tendemos a cerrarnos en nosotros mismos; pero cuando brota el amor, introduce siempre una interrupción en la propia vida. Como dice Jüngel en una frase hermosa: *Surge el amor y muere el yo, el déspota oscuro*.

El yo es siempre un déspota -yo y nada más que yo- pero el amor rompe ese dominio y surge el amor; entonces yo experimento la alegría de que otro entra en mi vida; y no solo entra en ella, sino que, al hacerlo, me devuelve un ser distinto.

Hay mucha diferencia entre ser o no ser amado. Si nadie me ama, yo no soy más que una pieza, un elemento de la naturaleza... uno más. Sin embargo, cuando alguien me ama, me saca del anonimato, me da un ser nuevo, pero pasando por la nada; es decir, cuando yo me siento amado es cuando puedo realmente experimentar –dice Jüngel- la nada, la angustia y la muerte. Porque yo, que soy amado, me doy cuenta de que puedo no serlo.

Al ser amado, yo soy sacado de esa nada, de ese miedo, de esa angustia... y, de ese modo, me veo afirmado y reconocido, gracias a otro pero pasando por la experiencia de la nada, por la experiencia de la muerte, de la negación... Porque, repito, yo soy amado pero puedo no serlo; esto lo cambia todo porque el nuevo ser que yo tengo, o el nuevo mundo en el que yo vivo, se da gracias al amor. Como ven, no es “necesario” sino pura gratuidad, puro don; sin embargo, es algo que a mí me rejuvenece y me hace ser realmente persona.

Esto que sucede a nivel humano, es lo que descubrimos a Dios cuando vemos que, a pesar de que el mundo lo excluya, él se identifica con el Crucificado y esa identificación significa -según Jüngel- *una unión de la vida y de la muerte en favor de la vida*; para abrir a la humanidad posibilidades nuevas. Porque precisamente el Crucificado es rescatado de la nada para ser afirmado en la resurrección. Eso se produce simplemente porque Dios es así, porque no es más que amor, porque Dios se identifica con lo caduco.

Por tanto, del mismo modo que la persona que a mí me ama, y precisamente porque me ama, me rescata del no ser o del anonimato, el Dios que se identifica con el Crucificado para pasar a la resurrección, rescata a la realidad de caer en la nada para abrirle a posibilidades nuevas. Nosotros, los seres humanos, por mucho que amemos, solo somos capaces de hacerlo hasta cierto límite; por tanto, no podremos valorar realmente lo que significa amar más que desde Dios; solo podemos verlo plenamente realizado en Él; prescindiendo de Dios difícilmente podremos entender lo que significa amar.

Jüngel nos da un par de razones que, en mi opinión, nos pueden iluminar. Él dice que los amantes aman, evidentemente, pero no son el amor; el amor les desborda, les trasciende, porque ellos no agotan el amor. Por tanto, el amor de los amantes no nos permite realmente entender lo que significa amar.

Qué es amar solo lo puede explicar ese Dios que es capaz de identificarse con su contrario, la crucifixión. Pero es que, además –dice- el amor vivido a nivel humano, se queda siempre muy corto porque nosotros, los seres humanos, amamos solo lo que es amable, es decir, lo que tiene cualidades, etc. Sin embargo Dios –que en el fondo es el amor- es el único capaz de hacer amable aquello que ama. Es decir, el Crucificado es algo humanamente despreciable, poco atrayente y, sin embargo, Dios, al identificarse con el Crucificado, lo hace amable.

Los crucificados de este mundo, agonizantes, minusválidos... no son atractivos para ser amados por nosotros; sin embargo, desde el punto de vista de Dios, es el que realmente es capaz de hacerles amables, precisamente porque Dios no es más que amor. Dios al identificarse con el Crucificado nos demuestra hasta dónde se es capaz de amar y, de ese modo, es capaz de identificarse con la muerte para, en esa unión de vida y muerte, apostar siempre a favor de la vida, que es lo que vemos en la resurrección.

Desde ese punto de vista, al hablar también de la unión de Dios con el Crucificado, sobre todo visto desde el ángulo de la resurrección, nos damos cuenta de que Dios también es palabra gozosa, porque rescata a lo crucificado, abriéndole unas posibilidades nuevas, sabiendo que no hablamos de cosas necesarias, sino de la gratuidad del amor.

Les decía yo al principio que *el ser de Dios es su historia de amor*. Como hemos visto, se trata de una historia de amor que se hace presente en el lenguaje, en las parábolas y también en el Crucificado, suscitando así una palabra gozosa que vive simplemente del gozo de la comunicación.

c) *Dios es amor y Trinidad*

Desde este punto de vista también Jüngel explicará lo que significa que Dios es Trinidad. En el fondo, únicamente un Dios trinitario nos permite entender lo que es el amor porque, podríamos decir que el Padre es el que ama, por tanto, tiene que haber un amado, que es el Hijo.

De todos modos lo que a Jüngel le interesa es que puede haber un lenguaje sobre Dios que lo haga presente como alguien que ama hasta límites insospechados, sin ningún tipo de concepto previo; y que, a nosotros los cristianos, lo que nos interesa es descubrir que vivimos de una historia de amor que nos ha sido contada, la historia del Dios que se identifica con el Crucificado. Y, si es realmente una historia de amor que comunica alegría a quien la escucha, tiene que ser, y seguir siendo, contada.

Como ven es un pensamiento un tanto sutil pero yo creo que, quizás, porque no estamos acostumbrados a este tipo de lenguaje y planteamiento. Sin embargo, espero que hayan descubierto una música en la que vale la pena seguir profundizando y seguir interpretando.

Muchas gracias

DIÁLOGO

P. *Le expreso mi agradecimiento por la conferencia. Me ha gustado el enfoque tan positivo que ha presentado de Dios frente a una perspectiva tradicional en la que se subrayaba el sufrimiento como algo característico de nuestra relación con Dios.*

R. Yo creo que el tono dolorista y de resignación no vale. Respecto a esto también dice Jüngel que, si la historia de amor fuera la historia de una sucesión de sufrimientos, ¿qué esperanza habría? Esa historia de amor, aunque lógicamente tiene que pasar por lo caduco y por el Crucificado, tiene que ser siempre palabra gozosa porque, como él repite frecuentemente y yo he dicho, se trata siempre de una unión de la vida con la muerte, a favor de la vida.

P. *También deseo agradecerle la exposición que nos ha hecho. La alegría y la esperanza ¿es entonces lo más característico de nuestra relación con Dios?*

R. Si yo tuviera que resumir en dos ideas lo que comentaba al principio: el ser de Dios, que a veces nos parece tan sublime, inefable, incomprensible... diría, en primer lugar, que *el ser de Dios es su historia de amor*. Y, en segundo lugar, que siempre que decimos fe, la traducción adecuada debería ser “alegría en Dios”. Es decir –según afirma Jüngel– mientras la palabra fe no provoque automáticamente en nosotros la experiencia de alegría en Dios, no será la fe cristiana ni será la fe pascual. Lógicamente, se trata de la alegría de que el Dios que se une a la muerte lo hace a favor de la vida.

Jüngel comenta en algún momento también que, no es que nosotros tengamos que prepararnos para la alegría, porque, en el fondo, cuando uno empieza a pensar qué significa eso de alegría, es porque ya es un “yo alegrado”. Es decir, si yo me pregunto por la alegría cristiana es porque mi yo vive ya de esa alegría. Si hay que hacer muchos razonamientos si hay que empezar a argumentar... mal asunto. No es algo que brota porque sea “necesario”, sino por el gozo de que Dios sea así. Cuando uno empieza a decir que su fe es alegría y por eso es fuente de esperanza, lo dice porque ya vive la alegría de la esperanza.

Dios viene, se hace presente, en el lenguaje; es decir, el mundo le ha expulsado y vive aparentemente tan contento sin Dios; sin embargo Dios se hace presente en el lenguaje en la medida en que, sin ser necesario, yo me siento convocado por el Dios que sale a mi encuentro en esa historia que se cuenta. Lo ideal de cara a la evangelización hoy día sería preguntarse: ¿Cuándo yo anuncio al Dios cristiano, provoco que en el otro se suscite la experiencia de haber sido convocado para estar con el Dios que da alegría a su vida?

Una evangelización que no viva de esto, malo; todo hablar de Dios que no sea experiencia gozosa, no es el Dios cristiano, dice Jüngel. Como han visto, habla mucho de la teología del Crucificado, sin embargo tiene que ser palabra gozosa porque habla de una historia de amor que me sigue convocando como protagonista.